

Y Quizá Quisieron Escribir Cuentos de Princesas

Maravillosas y Felices: La Condición del Escritor
y el Historiador en el Siglo XX

Dr. José Silvestre Revueltas Valle*

Resumen

Nuestra visión sobre el siglo XXI aún se encuentra en construcción. La determinación de sus rasgos de personalidad son las bases culturales sobre las que se construyó, el siglo pasado marca un grado de atracción y atención de la mayor importancia. Los autores que escribieron y vivieron el final del milenio, un periodo temporal que en palabras de Eric Hobsbawm fue breve, hasta las conclusiones que se discuten sobre la trascendencia de los hechos que, a pesar de su brevedad, el siglo XX no dejó de ser intenso y lleno de sin sabores, pero también de ilusiones y esperanzas.

Palabras clave: siglo XX, tecnología, historia, ideología, comunicación

*Profesor Investigador, Departamento de Investigación y
Conocimiento del Diseño, Universidad Autónoma Metropolitana,
Azcapotzalco

Correo: paca1934@live.com.mx

Con la colaboración de Pía Mota, Camila Revueltas y Angélica
Contreras.

Para las maestras Blanca López y Dulce Castro,
jóvenes pensadoras dedicadas a la construcción de un
mundo mejor.

Todavía queda por ver si la maldad y la cobardía son lo
bastante poderosas para sellar los labios de un hombre
libre y honrado.

Ibsen.

Introducción

José Pablo Feinmann, filósofo y escritor argentino, propone que el siglo XX comienza con el célebre hundimiento del Titanic el 15 de abril de 1912, en el sentido de la metáfora absoluta, en que la naturaleza inexpugnable ante el hombre de razón instrumental, cristalizada la primera en un iceberg, hunde –literalmente– de suyo la ilusión del progreso indefinido, sustento ideológico básico de la industrialización universal, del mercado inagotable, de la expansión que posibilita la acumulación de capital sin límites y, como es fácil ver, todo lo anterior no es poca cosa. La historia de la burguesía y de sus logros industriales y económicos en el siglo XIX sustentó todo su conjunto de anhelos, posibilitando la realización de los rasgos de personalidad mencionados, casi desde sus inicios, en la década de 1780. Estas determinantes permitieron al capitalismo madurar hacia su fase imperial, como acertadamente señala Lenin en su trabajo sobre la fase superior del capital. Feinmann agregará con peculiar inteligencia y categórica ironía, que el siglo XX también termina con el *Titanic*, pero ahora con la famosa película de James Cameron estrenada en Estados Unidos en enero de 1998, argumentando que con ello se hunde también la última ilusión que aparentemente había sobrevivido del terrible siglo XX, la que amparada en la tecnología de punta posibilitaría tener un mercado de acceso universal, sin distinciones de ninguna índole. El acceso universal al Titanic no fue ni para todos ni comprendida por todos. Los conflictos que manejó el film se encontraban mucho muy acotados, muy difíciles de ser universalizados a pesar del alto éxito de la misma.

Abstract

Our vision of the 21st century is still under construction. The determination of their personality traits, are the cultural foundations on which it was built, the last century marks a degree of attraction and attention of the greatest importance. The authors who wrote and lived the end of the millennium, a temporary period that in the words of Eric Hobsbawm was brief, until the conclusions discussed about the significance of the facts that despite its brevity, the twentieth century was still intense and full of flavors, but also of illusions and hopes.

Keywords: 20th century, technology, history, ideology, communication

La persecución de la plena globalización neoliberal como proyecto para el mundo todo, además de los fines económicos que la ampararon, a los que se sumó el derrumbe de la URSS, planteó indirectamente una peculiar conclusión –misma que en su momento fue muy comentada– la cual a decir de algunos historiadores, señalaba el fin de las utopías. No hay posibilidad de un futuro que no sea el del capital y, ante el “fracaso histórico del socialismo”, toda posibilidad de construcción de un mundo mejor dejaba de tener razón de ser, ya que con la aceptación de la expansión del mercado tanto en su condicionante económica, como en la consecución de sus pautas culturales universales, nos encontrábamos ante la posibilidad, mucho muy exagerada –obviamente sin fundamento a pesar de la carga ideológica en la que se cimentó al inicio de los años noventa del siglo XX– de alcanzar en forma definitiva el “fin de la historia”, Hegel y Marx aparte y desechados. No más utopías ni ideologías en el porvenir humano; la administración, derivada culturalmente de la empresa capitalista, se convertiría así en el principal determinante de la sociedad: eficiencia, gasto por programa, la ganancia más depurada como deber ser universal.

El mundo se siguió segregando social y económicamente, pero ahora teniendo en la tecnología –incorporada a niveles no antes vistos– la base en que se manifestó de forma más contundente tal discriminación. Y a pesar de los antecedentes históricos y sociales mucho muy acentuados de diferenciación presentes en no pocos países, éstos hicieron más evidentes las pocas semejanzas que existen entre la economía norteamericana con la de África o Centro América. La preocupación de Feinmann se sustenta en que es hasta el final del siglo en que tal discriminación se hace más palpable, mucho más radical, casi imposible de superar (Feinmann, 2005, pp. 35 y 36).

Las ideas de Feinmann tienen por detrás la concatenación de ideas a las que fue llegando a través del estudio del libro escrito por el historiador inglés Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, publicado en 1995. Aunque obviamente el pensador argentino tuvo en

consideración otras y diferentes vertientes históricas e ideológicas, resulta muy importante señalar algunos de los determinantes humanos que influenciaron los trabajos de ambos escritores, raíces que al fin y al cabo no dejan de ser parcialmente coincidentes en algunos puntos que sustentaron los límites establecidos por el filósofo argentino. Eric Hobsbawm nació en junio de 1917 y murió en octubre de 2012. Fue uno de los historiadores de formación marxista más importantes del siglo XX. En lo que escribe aparecen muchas vivencias personales: su vida se desarrolló paralela al siglo que estudia. Los grandes determinantes del mismo formaron parte de su propia personalidad, como ocurre con la formación del pensamiento de las generaciones. En complemento, Feinmann asume su posición desde la mirada de un país que no ha tenido en Occidente la trascendencia de Inglaterra, que es la Argentina. Argumenta que quizá por ello pocos debatirán su periodización, pocos advertirán los argumentos que la sustentan a pesar de la valía de su pensamiento: aún pesa más un intelectual del “primer mundo” que uno de un país sudamericano, incluso –en este tenor– el principio colonialista no parece haber sido superado. La conclusión es por demás evidente: Hobsbawm será universalmente discutido, Feinmann por supuesto no, a pesar de la solidez de sus ideas.

Veamos los soportes de la periodización del historiador inglés. Hobsbawm propone, casi coincidentemente por fechas, que el siglo XX es un siglo corto: su duración va de 1914, el inicio de la primera guerra mundial (el 28 de junio, día del asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria-Hungría), un acto político, a 1991, año del derrumbe del llamado “socialismo” real, otro acto político. Casi el siglo tuvo la duración de vida que un hombre de nuestros tiempos: 77 años.

Los preceptos que propone Hobsbawm resultan por demás interesantes debido al momento de cohesión social y generacional en el cual escribe su libro. Uno de ellos es producto de una actitud casi universal ante la realidad: “La destrucción del pasado, o más

bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo xx” (Hobsbawm, 2007, pág. 13). Aislados del tiempo, consideramos casi como actitud de vida individualista, por supuesto, el que podemos prescindir del pasado. El argumento que aparentemente justifica tal actitud debe de ser de mucho peso, tratemos de entender por qué. El universal rechazo a la realidad, de una realidad que quizá para quienes somos mayores tuvo un carácter vivencial mucho muy marcado, en las nuevas generaciones parece abolir las relaciones temporales que las precedieron desde un argumento inapelable, sencillamente las ignoran. ¿Puede ello ser posible? Tratemos de explicarlo. Para los mayores de 40 años, pongamos un límite, nuestra vivencia de la realidad se hizo de forma más categórica por distintos y variados hechos, ya en el mundo ya en el país. Influyeron por supuesto la Segunda guerra mundial, la Revolución cubana, Vietnam, la llegada de los norteamericanos a la luna, Chernobyl, el golpe de Estado en Chile en 1973, por no referir los diversos y múltiples hitos nacionales, en los que se encuentran los movimientos universitarios en 1968 y 1987, las elecciones de 1988, las guerrillas de la década de los setenta, entre otros muchos, mismos que delinearon una parte importante de nuestra vida. ¿Y para las nuevas generaciones, cuáles son los referentes temporales a los cuales se pueden sentir asidos o identificados? ¿Serán para ellos acaso únicamente los hechos que versan sobre objetos tecnológicos de acceso aún restringido socialmente los que determinan su personalidad, forma de pensamiento y construcción del mundo, más allá de las perspectivas ideológicas que en las generaciones precedentes fueron de la mayor importancia? El pasado para los más jóvenes aparentemente no existe, y quizá tengan razón en asumir tal actitud. El siglo xx dista de ser un siglo feliz: las ilusiones se derrumbaron o dejaron de ser creíbles, la realidad fue de suyo sumamente infeliz, las posibilidades de trascenderla desaparecieron. No es de extrañar por tanto la aparición de los escritos del agudo filósofo polaco Laszek

Kolakowski, cuyo libro *El hombre sin alternativa*, desde el mismo título, lo describe acertadamente.

De alguna manera Hobsbawm, en contraste, también lo señala: quienes estuvimos la mayor parte de nuestras vidas en el siglo xx, nos encontrábamos dentro de una serie de determinantes no tan lejanas en tiempo, al que conforme se fueron desarrollando los sistemas de comunicación, se agregó una visión del espacio del planeta. Hobsbawm, por encima de la visión occidental tan recurrente en la construcción de la historia universal, es tajante en la división temporal con la que aborda el siglo xx: una etapa de catástrofes, que inicia con la primera guerra y termina con la segunda en 1945, otro pequeño periodo de poco más de 30 años al que llama Edad de oro no obstante ser dominada por el fantasma de la guerra fría, hasta llegar hacia la lenta maduración y consecuente derrumbe del “socialismo” y su final agotamiento en 1991. Concatenación histórica para las generaciones de los sesenta, el pasado fundador de la personalidad del siglo no resultaba tan lejano, auspiciado además con las esperanzas derivadas de la Revolución cubana, el triunfo de los vietnamitas o la ilusión y esperanza que ofreció el movimiento estudiantil de 1968. La construcción de un mejor futuro requiere como soporte básico una visión inmediata del pasado.

Luego, ante las crisis de los ochenta, triunfo de la derecha internacional encarnado en personajes como Ronald Reagan y Margaret Thatcher, el posterior derrumbe de la URSS o el ascenso internacional de los discursos neoliberales, el siglo también pareció sacrificar el sentido de la palabra esperanza.

Radio, televisión, sistemas de comunicación por satélite, internet. Como en una fantasía, el espacio fue rebasado y la mejor manifestación del mismo se dio en el manejo de la información, global e individual. La construcción del mundo y la cotidianidad poseen una larga historia, más en la época actual y ajustándonos a elementos mucho más refinados en los que al desaparecer los enemigos globales (capitalismo y socialismo), triunfa como aspiración máxima el éxito

individual, reflejado en los mecanismos de adquisición de objetos y servicios. Las pautas de la construcción social de la realidad se encuentran sujetas por tanto a mecanismos de desarrollo individual antes que social, como resulta lógico al comparar las aspiraciones de las generaciones de medio siglo con las actuales.¹

En nuestra generación, al inicio de los años sesenta, resultaba casi imposible desconocer, y no pocas películas con transfondo histórico así no lo recordaban, que existían dos polos opuestos, casi imposible resultaba no asociar al americano con el “bueno”. En uno aparecían los nazis, los rusos o los cubanos como representantes del enemigo por vencer o del “mal” simple y llanamente. Ser socialista para la clase media mexicana, por ejemplo, lindaba con la locura, locura semejante a la que se podía tener en el mundo socialista y querer apartarse de él. Hobsbawm, en otros términos, lo anota de mejor manera: “El mundo que se desintegró a finales de los años ochenta era aquel que había cobrado forma bajo el impacto de la revolución rusa de 1917” (Hobsbawm, pág. 14). La historia del

siglo XX quedó marcada así por la polaridad, acabada ahora; la pregunta surge casi de inmediato: ¿quién iba a ser el “bueno” o el “malo” en el mundo?

Con el fin de la guerra fría, para unos sonado triunfo, para otros la suma mayoritaria de adjetivos negativos, un análisis inmediato de tales circunstancias fuera por supuesto de todo sustento y concepción histórica, llevó a una erradicación casi total y absoluta del marxismo, el socialismo o la condición de clase. Casi como si al triunfo de una concepción económica se le asociara además el de la barbarie. Baste recordar, y meramente como señalamiento, las escasas ediciones que ha habido del famoso manifiesto del partido comunista luego de 1990. Así, y como condición inapelable, toda esperanza de un mundo mejor se deberá de ajustar a las pautas centrales de la acumulación de capital, a los flujos del mismo, a la distribución internacional de un capital que es por mucho limitado o que únicamente puede ser realizado con alta eficiencia en sectores señalados de la esfera mundial.

1. De acuerdo con González y Pérez (2011, s/p): “El Consejo Nacional de Población (Conapo) define al bono demográfico como el fenómeno que se da dentro del proceso de transición demográfica en el que la población en edad de trabajar es mayor que la dependiente (niños y adultos mayores) y, por tanto, el potencial productivo de la economía es mayor”. Y como indica El Colegio de la Frontera Norte (2012, s/p): “Una mayor proporción de población en edad productiva representa menor carga para la sociedad y también es la que ayuda a impulsar el crecimiento económico, pues al estar trabajando genera productos, ingresos y acumulación de capital. Sin embargo, para que el bono demográfico se traduzca en un beneficio real, es necesario que en este breve periodo de tiempo se incremente la inversión educativa, se mejore el capital humano sobre todo de los jóvenes, pues en ellos se encuentra el mayor potencial de desarrollo. En México y en muchas partes del mundo, el bono demográfico no es plenamente aprovechado como la oportunidad para desarrollar el capital humano y potenciar el crecimiento. Al menos en el caso de nuestro país, mucha de la población joven, de entre 15 y 24 años de edad, migra hacia los Estados Unidos en busca de empleos y los que se quedan son los que mayores dificultades enfrentan para encontrar empleos”.

Para quienes vivimos en la segunda mitad del siglo xx, una parte importante de nuestra posición ideológica se encontró sustentada por la propaganda derivada de la guerra fría, Raymond Aron, Schutz o Thomas Luckmann aparte, teniendo como una de sus mayores manifestaciones la “carrera espacial”, las competencias derivadas de los juegos olímpicos, los mundiales de fútbol o los triunfos y convulsiones derivados de procesos como la guerra de Vietnam, de personajes de primera línea como Ernesto Guevara, Frank Fanon o Patricio Lumumba, las denuncias hechas por novelistas de importancia como Milan Kundera. La invasión de propaganda y contrapropaganda de ambas construcciones del mundo polarizado fue sumamente masiva y tajante, pero no por ello no dejó de ser uno de los cimientos más sólidos que sustentaron no pocas de las barbaridades que en América del Sur se dieron durante las diversas dictaduras militares. La acusación de “comunista” fue justificante suficiente para crear campos de concentración, cometer asesinatos sin mayor justificación,

generar miedos y angustias. Los testimonios y libros escritos sobre el particular rebasan cualquier adjetivo, las consecuencias múltiples pueden ser referidas en palabras, imágenes, música. Una de ellas, las de los argentinos, sintetizan por mucho esta condición: “Nunca más”. La fuerza de su contenido no necesita mayor referente histórico.

Hobsbawm para estudiar al siglo XX propone tres períodos, como decíamos, que se encuentran determinados por las guerras: el primero, que va de 1914 a 1945; el segundo, que denomina la Edad de Oro, una etapa de acumulación de capital sin precedentes históricos, al que sigue el derrumbe, cuyos síntomas se anuncian con fuerza 10 años antes de 1991. Fueron muchos sucesos en muy pocos años. Aunque no pocos historiadores han hecho la observación, Erich Kahler, José Luis Romero y Marc Bloch entre ellos, Hobsbawm recuerda que un historiador establece nexos entre los hechos y los explica, nunca pretende establecer juicios, aunque de suyo resulte una alta tentación. ¿Podremos evitarlo ante nuestro nostálgico siglo?

A nivel de conclusión podemos afirmar, que el siglo XX todavía dará mucho de que hablar durante todo el XXI. La historia humana en tanto exista nuestra especie nunca desaparecerá, y si bien el siglo XX fue pródigo en desastres y guerras, lo fue también excepcional en tanto a las realizaciones del espíritu humano, destacando las labores de escritores, pintores, músicos, científicos, arquitectos, diseñadores de talento y obra de consideración. Hablar de ellos, aunque lo han hecho con mejor tino numerosos autores, nunca estará por de más dentro de una Universidad que se pretende “abierto al tiempo”, y en parte es uno de los propósitos que animan a las varias entregas de este múltiple ensayo. El siglo XX, quién escribió, quién diseñó, quién es digno de juicio y, por supuesto, en una sociedad que tiende a formar cánones, de recuerdo.

En lo inmediato, el pasado –quizá la única certeza de nuestra realidad ante un futuro incierto y un presente que niega las palabras “crisis” y “esperanza”–,

aunque tal ausencia sea uno de sus “descriptores” más acentuados. Trataremos de mostrarlo y ello será nuestro punto de arranque y de meditación. ¿Por qué? Hobsbawm adelantaba como característica el desdén por el pasado de las actuales generaciones, rasgo peculiar y contrario a muchas y variadas culturas que han constituido anteriormente la aventura humana. Si bien puede ser discutida la aseveración sobre el desdén histórico, hay un alto grado de verdad en la misma, y también múltiples razones que justifican y sustentan tal desmemoria. Importantes autores a lo largo del siglo abordaron su realidad inmediata en torno al problema de la esperanza y su desencanto, y su lectura –que debe ser pronta y necesaria– será uno de los mejores medicamentos ante tal desazón sobre el pasado, su conocimiento y trascendencia. ¿Cómo conocer al ser humano si desconocemos puntualmente sus hechos y razones?

La razón de ser de la aseveración de Hobsbawm, razón en mucho generacional, se encuentra justificada en parte importante, porque quienes nacieron en los últimos 10 años del siglo XX y los primeros del actual, han escuchado tanto la palabra “crisis” referida no sólo al terreno económico, sino también ampliada a lo social, a vivencias como la demográfica, o de “oportunidades” vinculada con empleo, salarios, ambiente, vivienda, de vida en las grandes ciudades, política o de comunicación individual y generacional, entre otras más, que ya ha perdido todo significado.² ¿Qué es la crisis, qué significa ello, qué contenidos puede tener en el actual momento? Toda su vida han escuchado la crisis vinculada a tantos adjetivos que la palabra ha perdido todo matiz y significado. Obviamente, para que exista una crisis, debió haber habido una regula-

2. Kuhn (2004, p.13) considera a los paradigmas “[...] como realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica.” Y Rodríguez (2015, p. 20) lo complementa de la siguiente manera: “[...] los paradigmas van generando una cosmovisión que no sólo nos guía en la solución de problemas, sino también nos ayuda a configurar una identidad profesional y al desarrollo personal dentro de cierto campo.”

ridad previa, una edad dorada, que no conocieron y quizá no alcanzan a imaginar nuestros jóvenes. De manera semejante y en atención a las mismas características, la palabra “esperanza” deja de tener toda comprensión y razón de ser. Podrán utilizarla con regularidad, conocerla, quizá hasta relacionarla con algunos sucesos de su vida inmediata, pero comprenderla como parte de un elemento vivencial que los refleje como miembros de una sociedad, fincada en un proyecto común y con metas por realizar resulta casi imposible. Entre otros y no es gratuito, nunca estará por demás referir las temáticas y preocupaciones de los autores del siglo XX, vecinos vivenciales nuestros que son Kafka, Camus, Sartre, Papini, Malaparte, Remarque, entre otros. El membrete nunca antes resultó tan categórico: amigo mío te interesa la virtud, olvídate de la literatura; te interesa la verdad derivada de las mentiras, como con lucidez anota Vargas Llosa, ahí está la literatura.

Las determinantes y actitudes ante la historia de las nuevas generaciones no mitigan por supuesto los múltiples hechos que a lo largo del siglo se dieron. Guerras, campos de concentración, desarrollo de los grandes estados burocráticos, golpes de Estado, injusticias, abusos... denuncias y relatos. Llama la atención que a pesar de los múltiples archivos fotográficos, de las numerosas películas y documentales, de la universalización de los medios de comunicación, incluidos en la actualidad los vinculados con los ordenadores, o de los múltiples libros de historia para los diversos niveles escolares, y a pesar de los años transcurridos sobre un hecho significativo en particular, de los cuales el siglo pasado poseyó innumerables, sigamos recurriendo a los escritores de literatura o a los cineastas de consideración, como una de las mejores formas de acercarnos al pasado, de realizar los juicios a los que como individuos tenemos derecho sobre los múltiples haceres de nuestra propia especie a través del tiempo. La propensión señalada por Hobsbawm –de características históricas– no se convierte en algo tan definitivo cuando subyace la condición humana advertida por los griegos, condicionante, baste recordar, sobre la necesaria construcción tanto individual como social del pasado.

Ambientes, tensiones, determinantes, justificaciones, emociones, la vida –en suma– de seres humanos que se parecen a nosotros precisamente por ser seres como nosotros, que enfrentaron un mundo distinto del nuestro, si bien es cierto, no tan lejano temporalmente y con problemas mucho más graves que los que en la actualidad vivimos, aparecerá con fuerza en estas páginas, reflejo de los múltiples autores que abordaremos. Traigamos algunos casos, haremos un breve retrato de los mismos durante la serie que ahora pretendemos y que esperemos sea larga y tenga cabida en distintos órganos de difusión. Hablaremos por supuesto de cosas que son dignas de ser conocidas y que han sido relatadas por algunos de los mejores hombres y mujeres de nuestra especie, cuyas vivencias y testimonios han fincado con creces el juicio categórico que sobre nuestro siglo pasado poseemos, tanto en lo desalentador como en la construcción de esperanzas y utopías. Nuestra vivencia de la historia fue particular y única, avasallante en definitiva.

Anima la escritura de las siguientes páginas un impulso y deber como lector agradecido, acaso la actividad más longeva realizada a lo largo de lo vivido, y que al tener una nieta y múltiples canas es claro que no es de tan pocos años.

Es impensable no referir el mundo de los inmigrantes europeos a los Estados Unidos durante la Segunda guerra sin traer a colación al inteligente escritor alemán Erich Maria Remarque, quien ofrece voz a quienes no tuvieron la posibilidad de dejar un testimonio sobre su no pocas veces recurrente desventura; conocer lo terrible que fue la invasión nazi a la URSS en sus múltiples frentes, escritos a los que se sumará el desembarco Aliado en Italia, sin considerar al vital e irónico Curzio Malaparte o al juicio crítico del “socialismo” stalinista, tanto en la URSS como en Cuba, en los importantes libros de Leonardo Padura, Reinaldo Arenas y Alexander Solzhenitsin. Los testimonios de los alemanes Günter Grass y Henrich Böll sobre el pasado inmediato de su propio país son de la mayor trascendencia para comprender la historia de un país que fue devastado en 1945. Podemos agregar a es-

tos autores, los pertenecientes al gran ejercicio de integración latinoamericana que, entre otros alientos y soportes, narran historias, existencias, posibilidades de vida y devenir, y que aparecen en las preocupaciones de escritores como Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, entre otros.

Podemos agregar también los señalamientos que sobre las historias nacionales existen en hechos contundentes y definitivos, pongamos el caso de Uruguay antes y durante la dictadura militar en autores como Fernando Butazzoni, Gerardo Tagliaferro, Mario Benedetti o Tomás de Mattos. En la lista de América Latina por supuesto se incluirán al venezolano Miguel Otero Silva, a los mexicanos Arturo Azuela y Julio Scherer, al guatemalteco Miguel Ángel Asturias, al nicaragüense Sergio Ramírez, a los imprescindibles Vicente Leñero y Ricardo Garibay, al argentino universal Jorge Luis Borges y a sus compatriotas José Saer y Antonio Di Benedetto.

Para comprender al siglo XX en el análisis de su historia y en la dificultad de su devenir es imposible prescindir de sus escritores, y en el alud de hechos y testimonios, nuestra diaria vida como pretexto imposible de superar, hemos perdido a no pocos que fueron cambiados por la orientación de nuestra energía hacia otras ocupaciones más absorbentes como el tráfico. Un escritor muchas veces no sobrevive a una generación o dos, convirtiéndose luego en rareza bibliográfica o de estudiosos, salvo –claro está– los que han sorteado con fortuna la criba del mercado editorial. Y la personalidad de tal mercado casi así lo determina: ¿quién está escribiendo con enorme talento en Uruguay, por ejemplo, y es conocido en México o Guatemala? ¿Cuántos lectores puede tener un escritor que difícilmente puede colocar en el mercado los tres mil ejemplares de una primera edición? Imposible es casi tener referencia de todos ellos o –quizá más elemental– de tener acceso a sus libros. Mucho más difícil resulta además abordarlos en una sola vida, imposible comprender la magnitud de todos los hechos que narran, los cuales como hemos

adelantado, abrumadoramente distan de ser felices. Ya con mi propia insatisfacción tengo suficiente, pero a pesar de tan contundentes determinaciones, mismas que designan qué se lee y qué no, nos dimos a la tarea de investigar y difundir lo que es digno de ser comunicado y comprendido entre los lectores, tarea que es de muchos años y muchas horas, y que los universitarios debiesen de conocer, más allá de la escuela en donde estudian. Solo quisimos hacer extensivo aquello que debe de quedar en la memoria y en el corazón, por tanto en la eternidad. La historia del siglo así lo demanda, quienes lo vivieron muchas veces sufrieron en demasía el eterno principio de la realidad.³ Expliquemos así con mayor detenimiento esa negativa por el pasado que señala Hobsbawm y contribuyamos a superarla en nuestros jóvenes estudiantes. Es el ánimo que cobija a las presentes líneas, que esperamos tengan amparo editorial y de difusión.

I. Jean-Paul Sartre

No nos convertimos en lo que somos sino mediante la negación íntima y radical de lo que han hecho de nosotros.

Sartre

En 1961, apenas unos años después de terminada la Segunda guerra mundial, el médico africano Frantz

3. Por habitus Bourdieu (en Reyes: 2009, s/p): "entiende el conjunto de esquemas generativos a partir de los cuales los sujetos perciben el mundo y actúan en él. Estos esquemas generativos están socialmente estructurados: han sido conformados a lo largo de la historia de cada sujeto y suponen la interiorización de la estructura social, del campo concreto de relaciones sociales en el que el agente social se ha conformado como tal. Pero al mismo tiempo son estructurantes: son las estructuras a partir de las cuales se producen los pensamientos, percepciones y acciones del agente." De tal manera que, como sugirió Antonio Rivera en su ponencia del presente Foro, el habitus impera en la didáctica del diseño y para innovar primero se debe romper éste para luego poder introducir lo nuevo a partir de lo ya conocido. A su vez, se relaciona con la propuesta de Kuhn sobre el ciclo de las revoluciones científicas, que ya se mencionó con anterioridad.

Fanon publicó *Los condenados de la tierra*, libro cuyo interés inicial en Francia se vio acrecentado por el prólogo que Jean-Paul Sartre escribió a propósito. En párrafos contundentes, expuso críticamente no pocos efectos negativos derivados de la condición imperial europea a lo largo de siglos, efectos que al escribir Sartre, se hacían más palpables por estarse desarrollando en los últimos meses de la guerra de liberación argelina. El momento histórico, por tanto, resultaba propicio para que se llevara a cabo una serie de reflexiones sobre el papel histórico y político de los distintos países imperiales como Francia, la Unión Soviética y los Estados Unidos, reflexiones a las que se sumaron los reclamos diversos que las antiguas colonias en África, Asia, y, a raíz de la revolución cubana, América Latina, enarbolaron sobre su característica condición, antiguas colonias a las que se nombró de manera generalizada como “El tercer mundo.” El prefacio al libro de Fanon sigue siendo deslumbrante y los aciertos que tiene Sartre no son pocos. No es gratuito que varios años después diversos autores de trascendencia hayan hecho múltiples referencias admirativas al mismo, entre los que destacan el argentino José Pablo Feinmann ya referido, el polaco Ryszard Kapuściński y el uruguayo Eduardo Galeano.

La base que sustenta la sólida argumentación del filósofo francés no es ni por mucho despreciable: Europa, la madre de la civilización occidental, Europa la que recorrió el mundo todo y ensanchó por mucho el conocimiento de nuestro propio planeta, Europa la que con base en el sueño de la razón burguesa planteó la utopía de la igualdad humana, la democracia, la ley y los derechos humanos como condición elemental de convivencia universal, fue también el continente que al originar verbos e ideas las expandió, universalizando las formas de pensamiento que servirán en distintos momentos y lugares para analizar nuestro propio pasado, las utopías democráticas, las razones de nuestra condición de existencia nacional. Pero tales bases, y ello no es nuevo, serán los sustentos que servirán para señalar el lado oscuro, vergonzoso y no pocas veces terrible de tal expansión. Una gran

admiración, propone Sartre, deberá asumirse por su alta y destacada labor civilizadora: Europa nos enseñó a pensar en los últimos siglos dentro de sus propios términos, siguiendo muy probablemente el ejemplo de helenización que se dio en Grecia luego del siglo de Pericles. Europa, ya en el descubrimiento de América, puede sentirse responsable y orgullosa de la gran audacia del intelecto mostrada por algunos de los frailes que vinieron a la Nueva España en el siglo XVI, palpable en obras señeras como el Colegio de Santa Cruz, Tlatelolco, los esfuerzos siempre plausibles de Vasco de Quiroga o el gran trabajo de investigación que se echo a costas fray Bernardino de Sahagún, lo que puesto en una balanza constituye un gran triunfo del Renacimiento. Labor siempre trascendente, las enseñanzas recibidas fueron además una de las raíces que posibilitaron la construcción de argumentos para señalar la no siempre encomiable acción de la expansión europea en América, Asia o África. No sólo se dio la expansión colonial, Europa también colocó en los territorios explorados muchas de las contradicciones que ha albergado durante siglos. Así, no será gratuito que en las guerras de Independencia del siglo XIX hubiera una múltiple manifestación de las ideas occidentales que justificaron el nacimiento de nuestras naciones, el derecho de existencia sin pertenencia a una metrópoli, fenómeno semejante al que años antes se dio en los Estados Unidos de Norteamérica (EUA).

Los hechos que trajeron a colación los acusadores de España, Portugal, Holanda o Inglaterra fueron múltiples e inobjectables. Al impulso de dejar un testimonio de lo vivido, de cosas jamás vistas y oídas, como repitieron con gusto y admiración en sus diversas crónicas, apareció además una alta admiración por las formas de vida, religión, obra material e interpretaciones del mundo, admiración que en algunos desembocó en la defensa de las distintas culturas, como en la de sus descendientes.

En la construcción de tal ánimo, aparentemente contradictorio, es posible encontrar no sólo la digna valía de los motivos de personajes como el aguerrido padre Bartolomé de las Casas, a la que dignamente se agre-

garon, teniendo como base el derecho español, los discursos, argumentos y demandas entabladas ante el rey por los indígenas, ocasionadas por los múltiples abusos de los encomenderos, como es posible encontrar en el código Kinsborough o de Tepetlaoxtoc del siglo XVI novohispano o en los motivos que sustentaron la redacción de las leyes de 1542, leyes promovidas por el padre las Casas que limitaban el poder de los encomenderos. Si bien Europa ha sido la “luz de occidente”, esta luz se ha encontrado sujeta a tiempo y circunstancia: el proceso de dominación en el siglo XVI es muy diferente a los problemas que enfrentó en tal sentido Europa en el siglo XX, en especial luego de sus primeros 50 años, pero la crueldad y “deshumanización”, como señala Sartre, y ha sido ejemplificado, en el trato hacia los “dominados” han sido constantes recurrentes en sus diversas formas de proceder.

Por eso es necesario tener en cuenta la vigencia de la visión de Sartre sobre la relación entre Europa y sus colonias, relación en la que a pesar del alto desarrollo de las fuerzas productivas, ya explicadas en los límites del siglo propuestos por Feinmann, sigue estando caracterizada por un porcentaje mayoritario de la humanidad que de alguna manera sigue padeciendo la lamentable condición del amo que es conocido porque sus esclavos lo han vivido en carne propia. Sartre lo escribe con las siguientes palabras: “Nuestras víctimas nos conocen por sus heridas y por sus cadenas: eso hace irrefutable su testimonio.” Agregaré aún otra conclusión, por si no fuera suficientemente categórica la anterior, que en el caso de Sartre se encuentra inspirada por la lectura de Fanon: “Ustedes, tan liberales, tan humanos, que llevan al preciosismo el amor por la cultura, parecen olvidar que tienen colonias y que allí se asesina en su nombre” (Sartre, 1972, p.13). ¿Y tal condición, o parafraseando a Fanon, tal “condena” habrá cambiado luego de tantos años? Habremos de preguntar a africanos, centroamericanos...

Sartre hace un alarde de puntería y síntesis al señalar las dos caras de un mismo proceso. La justificación de la peor –la militar, de dominación y explotación colonial– en casi la totalidad de los casos no se puede

sustentar en principio o en la ilusión del sueño sobre la creación del mejor de los mundos posibles. A la conquista y devastación militar sigue un proceso de expansión de las mejores ideas de occidente, proceder que parece caracterizar la justificación de Europa ante el mundo; además, ante esta dualidad, plantea un problema de la mayor importancia: el compromiso que todo escritor digno de tal nombre debe desempeñar en la construcción del juicio necesario sobre la sociedad, la realidad y la historia inmediata que lo rodea. Es por ello posible señalar que en los rasgos de personalidad que poseen los colonizadores se encuentran conformados por una multitud de fines, en los que “la violencia colonial no se propone sólo como finalidad mantener en actitud respetuosa a los hombres sometidos, (si no que además) trata de deshumanizarlos.” (Sartre, 1972, p. 14) ¿Será acaso que ya estamos tan acostumbrados a tal condicionamiento que hemos perdido la capacidad elemental de observación y juicio que nos permitan revelarnos ante ella? ¿Será que ya lo reconocemos como algo natural y eterno?

Las observaciones y argumentos de Sartre, a partir del extraordinario soporte intelectual que lo sustentan, tienen como base el ser producto de las múltiples hechuras de un escritor, coincidencia presente en los señalados, y, por tanto: ¿acaso no es ello una muestra más de la valía que justifica con creces la existencia de este tipo de personajes dentro de los creadores del espíritu humano?, ¿no son ellos quienes además poseen la cualidad de aglutinar a las sociedades a través de sus relatos, determinando algunos de los juicios más elevados y razonados que se pueden hacer sobre el devenir social a lo largo de la historia?, ¿no son ellos quienes contribuyen a crear las razones de ser de nuestros propios pueblos y nuestra especie?

En las ideas de Sartre y las delimitaciones de Feinmann, tenemos que el siglo XX por las condiciones históricas presentes que él tuvo, quizá como pocas veces se ha tenido en la historia de la humanidad una necesidad grande y urgente de críticos y observado-

res, de testigos y relatores, que señalen con fortuna, pero no por ello sin un enorme dolor, el alud de injusticias, asesinatos, vejaciones, arbitrariedades que caracterizaron al siglo XX. Feinmann ha propuesto una, lo mismo que Hobsbawm. El historiador inglés delimitará al siglo XX por los acontecimientos que marcaron como inicio a la Primera guerra mundial (1914-1918) y como fin a la caída del muro de Berlín, hecho por demás significativo que anunció el fin de la utopía socialista iniciada con la Revolución de Octubre. Muchos acontecimientos se dieron entre uno y otro límite, hitos nunca antes imaginados que fueron en lo maravilloso, entre otros, la contemplación por primera vez del planeta desde el espacio exterior, la redacción de libros señeros en la cultura humana, el fantástico avance en las investigaciones de la física y la química, el desarrollo increíble de los sistemas de comunicación y difusión de la cultura, la magnífica exploración y creación en todos los ámbitos de la cultura humana, presentándose por el contrario, dos guerras mundiales, la aniquilación en la segunda de ellas de una cifra cercana a los 55 millones de seres humanos, la posibilidad real –y que por momentos fue muy cercana– de aniquilación del planeta producto de la “guerra fría”, la degradación de la biosfera como resultado de la contaminación, la “creación” y propagación de nuevas enfermedades, entre otras. En todo esto, parece ser que en términos de cultura y convivencia nos encontramos lejos de acercarnos a los sueños de igualdad, libertad y fraternidad que Francia aventuró como base de convivencia social hace poco más de dos siglos o que se dieran los logros de una mejor sociedad producto de las revoluciones llamadas “socialistas”.

Lamentablemente, por lo antes dicho, no deberá de extrañarnos que las siguientes ideas hayan sido escritas al inicio de la década de los sesenta, la batalla de Argel su escenario más directo si bien es cierto, aunque por su valor y su capacidad de denuncia son universales y eternas, acaso una de las cumbres de la filosofía del siglo XX, mismas que con toda claridad pueden ser trasladadas a otros tiempos y escenarios;

anota Jean-Paul Sartre: “El déspota no se acuerda de que ha sido hombre, se considera un látigo o un fusil; ha llegado a creer que la domesticación de las ‘razas inferiores’ se obtiene mediante el condicionamiento de sus reflejos. No toma en cuenta la memoria humana, los recuerdos imborrables; y, sobre todo, hay algo que quizá no ha sabido jamás: no nos convertimos en lo que somos sino mediante la negación íntima y radical de lo que han hecho de nosotros” (Sartre, 1972, p. 16). La condición humana, que puede ser tan magnífica, bien puede ser trastocada para convertirnos en bestias o en consumidores compulsivos, y múltiples ejemplos hemos tenido ya con Stalin y los llamados procesos de Moscú, las hordas hitlerianas y sus campos de concentración, a los que agregamos el fascismo italiano, el desgarrador experimento de las dictaduras militares en América del Sur en los años setenta, la derrota de la República española, o la construcción de sociedades de alto consumo, donde el ser se encuentra determinado por el tener... y las referencias, lamentablemente, son múltiples.

II. Curzio Malaparte

El gran desprecio moderno por el hombre vivo, por la vida humana, no se debe sólo a la filosofía, a ciertas ideologías políticas y sociales, sino también a esta sensibilidad engendrada por la reproducción mecánica del hombre, de la naturaleza, de la vida en todas sus formas.

Malaparte.

Curzio Malaparte, escritor italiano, fue autor de libros centrales en la cultura del siglo XX. Quisiera explorarme más o hacer una entrada no tan trillada, pero para el caso es casi imposible no hacerlo de otra manera. Malaparte fue una personalidad de mucha sensibilidad y muy alto talento, misma que retratan sus letras a través de vivencias, intereses, propósitos y referencias múltiples que quedaron plasmadas en sus libros. Un gran cara dura, a decir de uno de

sus biógrafos el también italiano Maurizio Serra, también lo fue. Su posición política nunca quedó del todo definida: a veces fascista, a veces gran antifascista, un gran humanista y excelente escritor siempre. No obstante y quizá en atención a tal condición, en los múltiples vaivenes de la política italiana, no lo salvaron de ese gran espacio ocupado por no pocos intelectuales en el siglo: la cárcel. No fue muy de las simpatías de Mussolini.

Su indefinición y oportunismo político quizá obedeció al conjunto de máscaras que necesitó para estar en la muy joven Unión Soviética en 1929, luego como corresponsal en la invasión nazi a la URSS en 1941, o en Finlandia en la ofensiva soviética en contra de ese país en 1942. Fue además muy amigo del rey de Suecia y estuvo junto con los americanos e ingleses en la invasión aliada a Italia en las postrimerías de la Segunda guerra mundial.

Al igual que otros escritores de importancia, la vuelta de siglo sitúa un antes y un después para su generación intelectual. Es importante recordar que Italia vivió una suerte de renacimiento cultural en la primera mitad del siglo XX. En ella hubo escritores, diseñadores, arquitectos, filósofos, compositores. La generación de Malaparte se encontrará marcada por las dos guerras mundiales, la revolución socialista de 1917, la depresión de los años veinte, el ascenso de los estados totalitarios en Europa y el fascismo con Mussolini y Hitler, y, por supuesto, además de una consecuencia anunciada desde el siglo XIX, por la llegada de los Estados Unidos como la nación más principal del imperialismo en el siglo pasado. Nació en 1898 en Italia, poco antes que Erich Fromm, quien lo hace en 1900, y los escritores Jean-Paul Sartre de 1905, Cesare Pavese de 1908 y Alberto Moravia de 1907. De alguna manera se encontrará influenciado, además de por los múltiples hechos históricos, por un grupo de pensadores que delinearán algunos de los problemas de la cultura más centrales en su tiempo. No es de extrañar así las referencias al escritor italiano Giovanni Papini que nació en 1881, al bió-

grafo judío Stefan Zweig de 1881, al revolucionario ruso León Trotski (1879), al poeta ruso Mayakovski de 1893.

Autor vuelto a editar recientemente, destacan entre sus libros las crónicas que como corresponsal de guerra escribió a propósito de la invasión nazi a la URSS en 1941, *El Volga nace en Europa*, la novela que es un tanto memoria, pero también testimonio de la ocupación estadounidense a Italia en los meses finales de la Segunda Guerra Mundial: *La piel*, a estas novelas que se suma Kaputt que también es un reportaje soberbio de la ocupación nazi a la URSS y de la guerra de éste en contra de Finlandia, un complemento excelente de El Volga. Entre sus libros existe otro que es un conjunto de testimonios y referencias muy lamentables, cuyo título sintetiza mucho de su denuncia: *También las mujeres perdieron la guerra*. Recientemente publicada, tenemos una memoria que linda con el reportaje, papeles sueltos sobre un viaje hecho a la Unión Soviética en 1929, en pleno afianzamiento del poder de Stalin, titulada *Baile en el Kremlin*. Escritor sumamente inteligente nos ofrece múltiples testimonios en éste libro, en los que –sin demeritar el resto de su obra– nos detendremos particularmente.

Su biógrafo Maurizio Serra trae a colación una idea a la que el mismo Malaparte se ajustó en la realización de sus libros: “Yo no puedo escribir más que de lo que he visto y vivido” (Serra, 2013, p. 21), y fiel a tal impulso, *Baile en el Kremlin*, en la perspectiva de cualquier lector, es un ejemplo imposible de ser pasado por alto. Nada es inventado, ningún personaje, ningún dato, ninguna referencia o anécdota, ninguna calle o ciudad. Todo el escrito es la recolección de testimonios, desencantos, temores, nostalgias y sufrimientos de quienes alguna vez vivieron los años luego de la Revolución, primeras víctimas de un sueño que, en idea de Trotski, paulatinamente fue traicionado.

Malaparte, sin ser sociólogo, nos ofrece un principio que, lamentablemente, fue universal a lo largo del siglo, más allá de la ideología que sustente a la revolu-

ción o, en otros casos, al golpe de Estado. La nueva clase gobernante invariablemente se comportó como si estuviese asumiendo más el papel de un cambio de noblezas o familias reales, que de grupos de poder. Condición universal insistimos. Así fue testigo de lo particular que ocurrió en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas: el gobierno es sustituido del que ocuparon los zares al que es asumido por los marxistas del grupo allegado a Stalin. Resulta de la mayor importancia el acierto y mucho más común de lo que pudiésemos imaginar. El mismo Malaparte lo señala: "El protagonista, el héroe de esta novela, no es un individuo, un hombre o una mujer, sino un cuerpo social: aquella aristocracia comunista que sustituyó a la aristocracia rusa del Antiguo Régimen y que se parecía en muchos sentidos a la nobleza revolucionaria surgida de la Revolución francesa y que con el Directorio se agrupó en torno a Barras" (Malaparte, 2016, p. 11). Primera observación, primer juicio, primera comparación: la nueva aristocracia socialista se parece en mucho a la nobleza que surgió tras la Revolución francesa, aquella que tuvo los arrestos de aniquilar a sus enemigos en juicios sumarios que irremediablemente terminaban en la guillotina. Stalin, con base en el mismo procedimiento, los llevó al paredón, al destierro, a campos de concentración, a la erradicación total de la historia. En apoyo de lo dicho por Malaparte, se encuentra, entre otros, ese gran libro que es *El cero y el infinito*, del húngaro, nacionalizado inglés Arthur Koestler.

¿Y cuál es el sentimiento predominante de la sociedad emergente, se preguntará Malaparte? La respuesta es categórica, un juicio en contra del cual es imposible enfrentar los mares de propaganda que caracterizaron al socialismo soviético, dentro y fuera de la URSS. El escritor italiano luego de unas semanas de vivir en el país de la Revolución de Octubre, de platicar con la gente y conocer sus vivencias, dirá: "Lo que más llama la atención en una sociedad marxista, es decir, en una sociedad no sólo marxistamente organizada, como la Alemania de Hitler, sino con una moral marxista, es el fatalismo. En efecto, el marxismo lleva al individuo no al sentimiento colectivo,

sino al fatalismo más absoluto, a la claudicación más completa, a la fatalidad. Esto, nótese bien, es síntoma de una sociedad decadente" (Malaparte, 2016, p.12). Tal impresión es coincidente con las observaciones que años después hará el cubano Leonardo Padura a propósito de su país o André Maurois en su importante biografía sobre el escritor ruso Iván Turgueniev: "Nada vuelve a los hombres más sombríos que una revolución mucho tiempo esperada y que no les ha traído felicidad." El agregado de Malaparte es por demás elocuente; todo lo anterior se sintetiza en "una muestra del desinterés de la sociedad marxista por su destino".

Ya podemos adelantar algunas conclusiones, lamentablemente comprobadas con la distancia que dan los años. Para Malaparte, es apenas 1929, que no fue un año digno de olvido, sino uno más al que se le sumarán los procesos de 1936, las múltiples denuncias escritas por Alexander Solzhenitsin, los tanques en Hungría y Checoslovaquia, los señalamientos de Milán Kundera o Ryszard Kapuściński... Baste preguntarnos en el siglo XXI si hemos llevado ya una evaluación cabal y adecuada de lo que fue el experimento socialista, en todos los órdenes, por supuesto incluido el diseño, o ello es una tarea en que nos encontramos por realizar o llevando a cabo. Los textos hablarán por ello.

Logros existieron sin duda en relación con los planes quinquenales, el proyecto de industrialización, los trascendentes avances en educación y pedagogía, mismos que se han universalizado, pero a ojos de Malaparte como de muchos otros, no pocas de las piezas de la realidad resultaban discordantes con las ilusiones de la Revolución. La aristocracia gobernante era una de ellas; resultó la contrastación categórica: "Todo lo que da la tradición, la educación, el estilo de la nobleza, todo lo que, en fin, es innato en la aristocracia genuina, en una clase recién llegada al poder, a los honores, a los privilegios, es, como cualquiera sabe, artificial". Para concluir: "Y en la nobleza comunista, cuyo estilo no es innato sino artificial, igual que en una sociedad de burgueses, la discreción, el decoro, la sencillez y el orgullo bien entendido se convierten en desconfianza"

(Malaparte, 2016, p. 17). ¿Cómo construir una sociedad mejor así, si es precisamente tal desconfianza la primera muestra de la clase gobernante? La respuesta categórica –y extrapolado a las distintas aristocracias– la dio la historia, ya en la URSS, en México, en Rumania, en Cuba o en Checoslovaquia. Ser el primer país socialista de Europa, y con una nobleza a cuestas que a su vez imitó a la nobleza recién desplazada, abría la posibilidad de que se diera, como de hecho se dio, una imitación de la nobleza europea como en los tiempos de Pedro el Grande, y que en el caso de Stalin tuviésemos una de las peores experiencias que una sociedad pretendidamente igualitaria podría fraguar.

Estando en Moscú, Malaparte escuchó referencias sobre las primeras víctimas de Stalin: Kámenev, Zinóviev, a los que luego se sumaron Bujarin y, poco más tarde, la persecución contra Trotski. Todos los perseguidos fueron compañeros destacados de Lenin en la Revolución, héroes en la formación de una hazaña central en la historia humana. Luego de unos años y con Stalin en el poder, se encontraron en la antesala del paredón, del juicio deplorable o del asesinato. La ilusión revolucionaria pronto cayó en fatalidad, trunco y despreciado el sueño que lo alentó, caducada la ilusión de realización de la razón, soporte de la mayor importancia en las ideas de Marx y Engels.

A través de anécdotas, referencias, pláticas, vivencias, recurso que es común en sus libros, Malaparte fue conociendo y construyendo su visión de Moscú, de la que formaron parte asistencias a obras de teatro, entrevistas con escritores y funcionarios públicos, entre ellos el destacado Anatoli Lunacharski. Fue testigo además de las “transformaciones” urbanas, de las anécdotas de algunos de los antiguos miembros de la numerosa aristocracia rusa, aristocracia muy bien retratada y caracterizada entre otros por Tolstoi en su novela *La guerra y la paz*.

¿Qué podían hacer para sobrevivir luego de la revolución de 1917? Si el problema en términos ideológicos resultaba de la mayor importancia dada la discriminación que la misma revolución engendró (el no marxis-

ta era mal visto o segregado), en términos humanos Malaparte refiere la constatación del diario hacer para ir sobrellevando la vida, día a día. Mecanismo de supervivencia inédito, la referencia impresiona:

Todos los domingos por la mañana se congregaban en las aceras del bulevard Smolenski los supervivientes de la antigua nobleza moscovita, los gentiles y miserables espectros de la aristocracia zarista, para ofrecer a los diplomáticos extranjeros, a los nuevos ricos de la revolución, a los nepmen, a los aprovechados del comunismo (los había allí también, como los hay aquí), a la nueva nobleza marxista, a las mujeres, las hijas, las amantes de los nuevos boyari rojos, sus pobres tesoros: la última pitillera, el último anillo, el último icono, y medallones de plata, peines sin púas, chales de seda deshilachados y descoloridos, guantes usados, puñales cosacos, zapatos viejos, cadenas y pulseras de oro, objetos de porcelana rusos y alemanes, antiguas cimitarras tártaras, libros franceses con encuadernación blasonada, viejos y aparatosos sombreros de mujer, de la época de Anna Karénina, llenos de plumas, ridículos y anticuados (Malaparte, 2016, p. 61).

Los antiguos aristócratas se encontraron por lo pronto en un mundo que además de desconocerlos, impuso nuevas leyes en las cuales el trabajo para todos se encontraba íntimamente relacionado con la distribución social de la riqueza. Un brinco en la historia de la concepción social humana sin duda alguna, pero la nobleza desplazada se encontró ante un nuevo entorno: nunca lo hubieran pensado hace unos años, la realidad y la revolución los hacía formar parte de un común semejante a obreros y campesinos.

Sillones, antiguas relaciones, nostalgia por París, Londres, Roma. ¿Cómo visten ahora en Europa? Preguntan al autor italiano, qué es de la princesa francesa o de aquel otrora poderoso y sabio príncipe de décadas pasadas. “Rusia es el país del miedo”, sentimiento generalizado en los vendedores de objetos de su antigua nobleza. Y no únicamente fueron nobles, también se encontraban antiguos funcionarios, militares de alto rango, familias y personas que nacieron en un mundo que ya no reconocían.

Por supuesto y con una multitud de variantes, experiencia semejante no nos es desconocida. Baste recordar los reclamos que la antigua monarquía indígena presentó luego de la conquista de Cortés. Las relaciones de Chimalpahin son un buen ejemplo. ¿Qué sucede con los antiguos representantes de una nobleza que deja de serlo, ya por una conquista, una revolución o un golpe de Estado? Vale la pena traer a colación la referencia que hace Malaparte sobre algunos de estos individuos: "Aquellos hombres, vestidos con uniformes sin charreteras, con caftanes cosacos de mangas anchas, con chaquetas de tela blanca, se dirigían a las ancianas damas con reverencias afectadas,

hablándoles con cortesía refinada, llamándolas por sus nombres con una familiaridad obsequiosa, con un respeto dulcificado por el sentimiento de la miseria y el sufrimiento comunes. Un viento leve, tibio y transparente, en el que las casas, los árboles, la gente se reflejaban como en un límpido riachuelo, soplaba por el medio del boulevard, arrastrando en su corriente imágenes y sonidos, el temblor de las hojas verdes, las voces humanas, el chirrido como de gollondrinas de las ruedas de los tranvías, el trinar de los pájaros en las copas de los árboles" (Malaparte, 2016, p. 68). Víctimas fueron al fin del primer intento de construcción de un Estado socialista.



Figura 1. Escritores.

1929. Faltaban unos años para el inicio de la Segunda guerra mundial, menos para el ascenso de Hitler y el Nacional Socialismo en Alemania y unos pocos más para que se diera la Guerra civil española. Hobsbawm en su libro *Años interesantes. Una vida en el siglo xx* no duda en calificar que nuestro siglo fue el más extraordinario y terrible de toda la historia. Es la historia, pero es una multitud de ramificaciones además que en algunos aspectos llegaron a delinear hazañas del pensamiento materializadas en la literatura, la música, la pintura o el diseño. Imposible resulta no seguir sobre el particular. Curzio Malaparte, Eric Hobsbawm, junto con otros, ocupará el siguiente apartado de la presente serie.

Bibliografía

- FANON, Frantz (1972). *Los condenados de la tierra*. México: FCE.
- FEINMANN, José Pablo (2005). *La crítica de las armas*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- HOBBSAWM, Eric (2007). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Editorial Crítica.
- MALAPARTE, Curzio (2016). *Baile en el Kremlin*. Barcelona,: Tusquets.
- SARTRE, Jean-Paul (1972). "Prefacio" a Fanon, Frantz. *Los condenados de la tierra*. México: FCE.
- SERRA, Maurizio (2013). *Malaparte: vidas y leyendas*. Buenos Aires: Tusquets.